

ma y el modelo de la observancia evangélica que se profesa en nuestra regla.»

He aquí lo que fué el Seráfico Padre San Francisco, en el gobierno de su orden, que en breves años tanto había crecido, y por tantas regiones se había dilatado. No mucho tiempo después de haber proferido estas palabras y otras muchas igualmente llenas de unción y de piedad, expiró en brazos de su esposa la pobreza, tendido en el duro suelo de la Porciúncula, sin más abrigo que una túnica prestada, rodeado de sus afligidos compañeros, y apoyado en Bernardo de Quintavalle y en el famoso Fray Elías, á quienes acababa de dar una bendición especial. Era el 4 de Octubre de 1224.

II

En el lenguaje de la Santa Iglesia, no se llama muerte el tránsito de los justos, sino nacimiento á la vida gloriosa. Al tratarse de un Patriarca, de un fundador como Francisco, ni aun mirándose bajo el puro aspecto terreno, puede considerarse como término su fallecimiento. Como Cristo sigue viviendo en su Iglesia, así un fundador continúa viviendo en el instituto religioso por él fundado; y su alma, al volar al cielo, cambia sólo de domicilio (si no es demasiado atrevido este modo de expresarme), y en vez de animar el cuerpo de un individuo, sigue siendo el vital espíritu de una sociedad. Bajo este aspecto vamos ahora á considerar á Francisco. Veremos en su orden á su mismo Fundador, y lo contemplaremos conquistando al mundo y los corazones con la pobreza, *emite absque argento*, y conservando sus conquistas y posesiones mientras la pobreza es su esposa y señora; perdiéndolas en parte ó deteniéndose en sus jornadas cuando los vínculos se aflojan entre ambos esposos.

No os figuréis que voy á narrar la historia toda del instituto de los Frailes Menores. No es éste el lugar ni la ocasión, y tiempo faltaría para la empresa, aun-

que me sobrara aliento para hablar un día entero. Me limitaré únicamente á llamar vuestra atención sobre sus pacíficas conquistas en el extremo Oriente, regado con la sangre de nuestro compatriota Felipe de Jesús, en el extremo Occidente en que habitamos y en que á los sudores de los Franciscanos debemos en gran parte la fe y la civilización, y en el que apellidan ufanos sus sencillos habitantes el *Centro del Mundo*, y lo es en realidad moralmente, como que á él convergen en dulce aspiración los ojos de todos los cristianos, de los israelitas, y aun de los secuaces de Mahoma: hablo de la Tierra Santa, y en especial de Jerusalén. Empezaré por esta última.

Cuando, como antes insinué, Francisco, todavía revestido de carne mortal, emprendió peligroso viaje al Egipto, en busca del martirio, visitó antes á Jerusalén, y allí parece que desde entonces dejó á alguno de sus compañeros. Parece igualmente que del Sultán de Egipto obtuvo el permiso de establecerse en los lugares sujetos á su dominio, entre los cuales consideraba la Tierra Santa. Como quiera que sea, destruido el reino cristiano de Jerusalén, arrojados del Asia los Francos, entronizado el Mahometismo en los lugares regados por la sangre de Jesús, no todo se pierde para la Iglesia, porque allí encontramos ya á los hijos de Francisco, guardando el Monte Sión y el Calvario, Belén y Nazaret. Lo que no pudieron los Cruzados con sus armas y sus ejércitos y sus hazañas, lo obtienen ellos con la pobreza, la humildad y la abnegación.

Unos á otros se suceden los señores y conquistadores mahometanos; las guerras y las persecuciones rugen en derredor, y ellos permanecen custodiando impertérritos el Sepulcro de Cristo. Muchos vierten su sangre por la fe, otros son arrojados por la fuerza del Monte Sión y otros lugares no menos sagrados: nada los arredra ni los hace abandonar el puesto de honor. Por ellos no cesan de escucharse en aquellos benditos lugares los salmos de David y los trenos de Jeremías, ni de ofrecerse diariamente el sacrificio de la Cruz. Por ellos encuentra el peregrino buena acogida, y auxilio contra las asechanzas del Mahometano. Por ellos se conserva la civilización, y se guarda la herencia de Santiago, primer Obispo de Jerusalén, hasta la mitad del siglo XIX, en que manda Pío IX á recogerla á nuevo Obispo, á cuyo lado permanecen los Franciscanos.

Seis siglos de martirio llama un célebre viajero y diplomático (Chateaubriand) á los que pasan en Tierra Santa los frailes menores; y la historia comprueba la frase del renombrado escritor. No sólo de los Mahometanos tienen que sufrir vejaciones sin cuento, sino de los griegos cismáticos, más tenaces en sus odios, y de los judíos, que los miran como usurpadores de su herencia. Por último, cuando la paz y la civilización parecen abrirse camino en la Ciudad Santa, y se establece la ciencia personificada por los Dominicos, y la actividad representada por los Agustinos de la Asunción, y la caridad encarnada en diversas órdenes consagradas á los enfermos, y la diplomacia eclesiástica que repre-

senta el Patriarca latino, la ciencia y la actividad, y la caridad, y la diplomacia parecen echar en cara á los hijos de Francisco el haberse contentado con la observancia de la pobreza durante tantos siglos, y haber permanecido inactivos. ¡Ahí! No seamos injustos. Ahí está la historia, la historia que se olvida tan fácilmente apenas llegan tiempos mejores, para probarnos que ella era la única arma de que podía servirse el cristiano en aquella época de barbarie, de tiranía y de aislamiento. Las recientes matanzas de Oriente, en las fronteras mismas de la Tierra Santa, nos están probando que aun hoy día poco pueden la ciencia y la diplomacia, que la actividad y la caridad cristianas se estreñan ante el fanatismo musulmán, y que el único modo de conservar el cristianismo en aquellas sagradas regiones es la pobreza de Francisco, *emite absque argento*.

Si de ese *centro de la tierra* vuelvo los ojos al Extremo Oriente, se me presentan á la vista veintiséis cruces erigidas en el remoto Japón. Los mártires, de ellas colgados, ostentan todos el hábito Franciscano, ó por lo menos (con sólo tres excepciones) las insignias del Tercer Orden del Seráfico Padre. Bien os reconozco, Felipe de Jesús, gloria de México; Pedro Bautista, Francisco Blanco, bien os reconozco. Veo en vosotros al pobrecillo de Asís atravesando los mares y plantando la bandera de la pobreza en aquellas remotísimas Islas. Os veo, luchando como siempre, no sólo contra el paganismo, sino contra falsos hermanos que quisieran privaros de vuestras Iglesias, del dere-

cho de predicar, del privilegio de dar la vida por la Fe. Pero la pobreza triunfó de todo, y aunque no basta en esos momentos para comprar el Imperio del Sol Naciente, sí ha bastado para conquistar el archipiélago Filipino, de donde salisteis.

¡Con qué tristeza pronuncio este nombre! De toda el Asia, ese pequeño grupo es el que más cristianos contiene. En las vastas regiones sometidas al Imperio Británico, ó que conservan su propia soberanía, cuentan los misioneros por centenares, ó por escasos miles; los neófitos que han logrado bautizar, por millones y centenares de millones los paganos aún ciegos á la Fe. En las Filipinas, por el contrario, se cuentan fácilmente los que aún restan por convertir; porque la Iglesia numera allí tantos hijos cuantos son sus habitantes, con excepción de trescientos mil escasos; es decir, la población católica asciende á más de seis millones. Este maravilloso incremento se debe al celo, á la actividad, á la constancia de los religiosos españoles, que ya con el hábito de San Agustín, Santo Domingo y de otras órdenes, ya con el de San Francisco de Asís, han evangelizado más de tres siglos aquellas remotas comarcas, con un éxito de que en ninguna otra región del Asia pueden gloriarse. ¡Con tristeza, en verdad, pronuncio este nombre! Sopla allí contra estos apóstoles un viento destructor, que amenaza arrasarlos y aniquilarlos, como lo hizo en nuestro México, aunque sin obtener el triunfo absoluto que se prometía la impiedad.

No, no os ha arrebatado por completo el huracán revolucionario, Venerables Padres; pero ¡cuán pocos sois si os comparo con el número de los que os precedieron! Vuela mi imaginación á aquellos doce evangélicos varones que vinieron al mismo tiempo que los conquistadores á plantar en nuestro suelo el estandarte de la fe, que presto se convirtieron en legión civilizadora. ¡Zumárraga, Motolinía, Martín de Valencia, Pedro de Gante, Mendieta! . . . Aunque los hombres se propusieran sepultar vuestros nombres en el olvido, las piedras de todos los ángulos de México hablarían pregonando vuestras glorias.

Recorred la República de Norte á Sur, y de un mar á otro mar. ¿En dónde no se encuentra la huella civilizadora de los hijos de Francisco de Asís? En la Capital, en la antigua Tlaxcala, en las principales ciudades, en los pueblos, en las aldeas, ellos construyeron las mejores iglesias, las primeras escuelas, los primeros colegios. Si recorréis los caminos, no hallaréis uno que no hayan hollado los Franciscanos; y aun muchos fueron por ellos trazados, por ellos abiertos, por ellos ensanchados hasta formar cómodas carreteras. Si os remontáis al Norte y buscáis las madrigueras de los pocos salvajes que aún restan, nada nuevo podréis encontrar, porque allí estuvieron mucho antes que vosotros los hijos de Francisco; y si la impiedad no los hubiera perturbado en esa obra de evangelización, los habrían hecho buenos cristianos y hombres civilizados, como tantos otros en quienes

no encontramos hoy ni rastros de la primitiva barbarie.

En medio de tanta gloria, me duele el contemplar tantos monasterios desiertos ó en ruinas, tantas iglesias en manos ajenas, unas abiertamente enemigas, otras, aunque no hostiles, extrañas. No por eso os desaniméis, Venerables Padres. Quedan en pie los nidos, y no tardarán en venir á poblarlos golondrinas viajeras, hermanos de otras regiones, en que no ha permitido el Señor que padezcan tantos desastres; ó en que, después de convulsiones, quizá más fuertes que las que nos han sacado de quicio, han recobrado las antiguas fuerzas, y se han levantado más numerosas que nunca. Para que no os desalienten vuestros pasados descalabros ó vuestro comparativo aislamiento, lancemos una ojeada á la situación del orden en general, desde San Francisco hasta nuestros días.

III

Hemos visto el rápido incremento del Orden de los Frailes Menores, desde los primeros años de su fundación. Imposible, en tanto número de hombres, por animados que estuviesen del fervor de su Seráfico Padre, que se conservase en todos igualmente el mismo amor á la santa pobreza, alma del Instituto, ó que todos tuvieran de ella las mismas ideas é idénticos conceptos.

Fray Elías, quien desde la vida del Seráfico Padre se había desviado de la senda por éste trazada, investido con el generalato después de su muerte, pudo poner en práctica sus peligrosas teorías. Proclamando que para poder observar la rigurosa pobreza establecida por Francisco de Asís, se necesitaba ser tan santo como él, concedió mil privilegios y exenciones, é introdujo en el orden la desigualdad y la relajación. Llegó á tanto, que el reformador tuvo que salir del Instituto; pero los gérmenes que en él dejó, produjeron sus frutos, y aunque San Buenaventura, durante su generalato, quiso con mano fuerte desarraigar los abusos, no pudo lograrlo del todo. Se estableció y ya con cier-

ta legitimidad, una diferencia por de pronto insignificante; pero que después llegó hasta el extremo de dividir el orden en dos distintas sociedades. Los que querían vivir con más holgura, se congregaban en los conventos de las ciudades, y recibieron el nombre de *conventuales*; los que aspiraban á observar la pobreza con todo el rigor que estableciera San Francisco, formaron comunidades en los arrabales, en las aldeas y en los campos, y empezaron á ser designados con el apelativo de *observantes*.

Pero si á algunos de sus discípulos pareció excesiva la pobreza de Francisco, hubo muchos que no la juzgaron suficiente, y fueron reformando la regla en sentido mucho más severo. Españoles fueron los cuatro primeros reformadores. Empezó Fray Juan de la Puebla, en el siglo XV; fué más adelante su discípulo Fray Juan de Guadalupe y todavía más el insigne San Pedro de Alcántara, siguiendo sus huellas en Italia Fray Martín de Guzmán, y de allí extendiéndose á Francia la reforma. En el siglo XVI, el bienaventurado Mateo Broschi introdujo otra reforma, instituyendo el orden de los Capuchinos.

No creáis que por esto se enervaba el instituto de Francisco de Asís. Todas estas reformas se llevaban á cabo legítimamente, y en las diversas comunidades se practicaba la pobreza seráfica, si bien diversamente interpretada. Algún tiempo estuvieron todos bajo un mismo ministro general. León X, les dió generales diversos á las principales corporaciones; pero ya juntos,

ya separados, formaban los hijos de San Francisco un solo ejército, si bien en él hubiera diversos uniformes y diversos reglamentos.

Así es que los Menores Observantes llevaban hábito café burdo y sandalias; los Conventuales hábito negro más fino, y se cubrían con sombrero y marchaban calzados; más estrecho y tosco era el sayal de los Reformados, y caminaban completamente descalzos; la singular forma del capucho y la barba crecida distinguían, sobre todo, á los Capuchinos. Á los diversos modos de vestir correspondían las austeridades, ayunos y penitencias prescritas á las diversas comunidades: á sólo los conventuales se permitía tener posesiones. En los siglos posteriores fuimos testigos de otras reformas de menor importancia; y por lo que toca al vestir, en nuestro México hemos conocido á los Franciscanos azules, á los de hábito gris, y á los de sayal color de chocolate, semejante al de los observantes de Italia.

De cada uno de estos ramales del orden seráfico, salieron en todas épocas santos de la importancia del Doctor San Buenaventura, de Pedro de Alcántara, de Juan Capistrano, Félix de Cantalicio, Fidel de Sigma- ringa, Pascual Bailón. En todas épocas hubo grandes predicadores, Teólogos y Canonistas insignes, filósofos, literatos, poetas de primera magnitud, sabios de todo género. Franciscanos fueron los Papas Nicolás IV, Alejandro V, los Sixtos IV y V y Clemente XIV. Cerca de cincuenta han sido agraciados con el capelo cardinalicio; innumerables son los que sobre el hábito

seráfico han ceñido la mitra. El número de súbditos ha fluctuado varios siglos entre ochenta y cien mil, y á pesar de las vicisitudes de una época tan larga, es insignificante su disminución. Básteos saber que hace muy pocos años, antes de los últimos trastornos que amargaron el Pontificado de Pío IX, se contaban más de ochenta provincias de sólo los observantes y reformados, es decir, fuera de los Capuchinos y de los Conventuales.

Ahora bien, Venerables Padres, ¿qué son entre este inmenso número de provincias las de México y Guatemala? ¿Qué importa que en Italia algunas hayan sido oficialmente suprimidas? En primer lugar, las vuestras no pueden considerarse extinguidas, pues existís vosotros, que formáis su núcleo, y las de Italia han resucitado. En segundo lugar, mientras en unos puntos recrudecía la persecución, en otros cesaba, y renacían las aniquiladas provincias. De suerte que Francisco seguía viviendo en sus incontables hijos, y su herencia, ganada con la pobreza, se mantenía y se mantiene sin disminución.

No creáis, sin embargo, que quiero disimular vuestras pérdidas y vuestros peligros. Se calcula que aun en las batallas más reñidas, rara vez se pierde más de la décima parte de los combatientes. Esto es exacto del ejército en general; pero si miramos á ciertos cuerpos especiales, las pérdidas resultan mucho mayores, y á veces equivalen á casi la totalidad de un regimiento, de una batería, de una brigada.

No de otra suerte acaece en la milicia religiosa; no de otra suerte ha pasado con vosotros, venerables Franciscanos. La persecución de que habla el reinante Pontífice en su última constitución sobre vuestro orden, se ha cebado en vosotros muy particularmente y en algunas de las comunidades de *reformados*, que por ser menores en número, parecen más destruidas que el resto de vuestros hermanos. He aquí por qué León XIII, á semejanza del buen general, que después de una batalla ó campaña, refunde los cuerpos que más han sufrido, y prescribe un solo uniforme, ha mandado que os refundáis en un solo Instituto los observantes, y los descalzos, y los alcantarinos y recoletos, y que no haya aquí ni en ninguna parte, azules, ni grises, sino que todos llevéis el mismo hábito glorioso color de café, y militéis bajo un mismo superior. Yo os felicito por esta nueva prueba de la afectuosa solicitud del Romano Pontífice, hacia vuestro ínclito instituto. Yo os felicito, sobre todo, por la pronta obediencia que todos habéis manifestado, desde el último hermano laico, hasta el ministro general, quien con singular desprendimiento y abnegación, renunció á sus altas funciones en manos del Supremo Jerarca.

¡Oh! Cuánto ansío porque llegue el momento en que, formando de nuevo un cuerpo compacto y numeroso, recobréis vuestras iglesias y monasterios, edificuéis otros nuevos, y volváis á ser, no sólo en el resto del mundo, sino en nuestro país y en mi diócesi, lo que fuisteis en siglos anteriores. Todo lo obtendréis de se-

guro, abrazándoos á la santa pobreza, *emite absque argento*, á la santa pobreza, sin mitigaciones ni salvedades, tal como la instituyó vuestro Seráfico Padre, cuyo espíritu me parece sentir en medio de nosotros, y cuyas bendiciones estoy seguro lloverán sobre sus hijos, juntamente con las mías.

